

“ LA XANA DE LA FUENTE DE LOS ABEDULES “

Notas del diario de Pablo Avilés.

Lunes 23 de Febrero de 2004.

Cumpleaños de mi hija Irene. Hoy me levanté antes de las ocho de la mañana, me asee, desayuné y tome mis medicinas para la enfermedad de Parkinson. A las nueve llegué al supermercado y compré toda una larga lista de productos necesarios para la casa. Cuando me puse a la cola para pasar por caja, me encontré con una señora con la que no coincidía desde hacía algún tiempo y, como siempre, me mintió:

—Qué bien estás, tienes menos temblor que la última vez que te vi.

De vuelta a casa, dejé las compras en la cocina y mi mujer me dijo que me acompañaría hasta el centro de la ciudad si aceptaba hacer el recorrido por el Muro. Yo estuve de acuerdo y los dos cruzamos el parque y el paso subterráneo que nos llevó al malecón de la playa de Gijón. Rosita siguió con nuestro perro Coque su paseo hasta el final de la playa, mientras que yo me desplazé hacia la izquierda, hasta llegar a la Plaza del Humedal con la intención de renovar mi licencia de conducir.

Cuando llegué a la plaza fui directo al Centro Médico, donde me recibió una joven que me pidió la documentación, cubrió un impreso con mis datos y me mandó pasar a un módulo contiguo. Allí me atendió una mujer de unos treinta años, mulata muy clara, tanto así que la mayoría de la gente la tomaría por blanca; perdón por la digresión. El caso es que la mujer me tomó la tensión, me auscultó y después me pasó a un nuevo módulo donde una mujer de mediana edad me situó entre los mandos de los simuladores de la conducción. Cuando ella me explicó lo que tenía que hacer, lo intenté con toda mi voluntad pero, lo confieso, no fui capaz de “dar pie con bola”. La operadora que me había acompañado habló en voz baja con un hombre joven que salió de un despacho, y después con la mulata clara que, tras el diálogo, me dijo con acento habanero de la Habana Vieja:

—Usted, está bastante regular para su edad. Me temo que no ha podido pasar el psicotécnico y no puede renovarse el carnet.

Yo, que acababa de recibir el terrible mazazo de no haber podido pasar el reconocimiento médico y estaba con la adrenalina a tope, no tuve tan siquiera la intención de preguntarle qué coño era eso de estar “bastante regular para mi edad”; creo conocer un poco a los cubanos, que son como los gallegos y que dicen casi siempre lo que quieren oír los demás. El caso fue que salí del Centro Médico y durante unos minutos estuve parado en el Parque del Humedal, pensando que estaba atrapado por la enfermedad de Parkinson, contra la que no había escapatoria alguna. Así estuve durante unos pocos minutos, en los que me sentí bajo de moral, pero supe reaccionar a tiempo y darme cuerda a mí mismo, como hago muy a menudo, porque hay cosas que llenan todavía mi vida.

Y una de estas cosas es mi vieja pasión por la literatura. Decidí entonces pasar por la librería de mi ahijado Guillermo Fuentes, “Willie” para los amigos. Así que encaminé mis pasos hacia la calle del “Viejo Instituto Jovellanos”, donde está ubicada la librería de Willie. Cuando entré en ella, vi que Willie estaba acompañado de una joven rubia de melena larga y lacia, muy alta, de muy bellas facciones y dueña de un cuerpo escultural. Willie me la presentó como su novia Libertad, nombre éste que la joven llevaba con soltura. Yo me preguntaba cuánto tiempo le duraría esta nueva novia a mi joven amigo.

De la trastienda salió una mujer de mediana edad, que trabaja como empleada de la librería, y me saludó con agrado. Ella se quedó en la tienda, mientras los tres restantes

pasamos a la trastienda y nos sentamos en torno a una mesa camilla, mientras mi ahijado me decía:

—¡Quiero que sepas que muy pronto entrará en imprenta mi próximo libro! La acción se desarrolla en Asturias durante la lucha de los Astures contra los invasores romanos”.

—Me alegro de que publiques sobre ese tema del que se conoce muy poco. Me gustaría que me contases algo sobre la trama y los personajes, si eres tan amable —le pedí con todo mi interés.

—Con mucho gusto —dijo Willie.

Después, puso sobre la mesa una botella de licor de avellana y unos pequeños vasos que llenó hasta casi rebosar. Los tres tomamos unos sorbos y Willie comenzó su relato:

Como sabes, la conquista de Asturias la dirigió personalmente Augusto, llevado más por la necesidad de aumentar su ya gran poder político, que por las riquezas de los territorios Astures y Cántabros. No hay evidencias históricas que demuestren la presencia de César Augusto en Gígia, hoy Gijón, pero me he permitido que sea en este lugar desde el que envía a Noega Ucosia, actualmente Ribadesella, una flota capaz de transportar las tropas necesarias para conquistar los poblados del interior, ya que su dominio de las costas era total. Augusto según mi relato envía a Carisio al frente de la expedición, y él mismo dirige el desembarco de sus legionarios y maquinarias de guerra en la playa en la que dulcemente entrega sus aguas al mar el río Sella. Desde un monte cercano se encuentran emboscados tres guerreros Astures que observan atentamente toda la operación.

El más viejo de los tres da instrucciones a los otros dos para que transmitan la noticia del desembarco a los pobladores de los castros más cercanos a la costa. Los dos guerreros montan sus caballos y parten hacia el interior en distintas direcciones. Mi relato sigue los pasos solamente de uno de ellos, el guerrero que marcha en dirección sudeste. En un principio pone su caballo a un trote corto, pero a medida que el animal se calienta le va obligando a galopar más rápido.

En su recorrido hacia el interior, pronto encuentra un castro. Allí da la voz de alarma y tras reunirse los habitantes, éstos deciden enviar emisarios propios a los demás castros, con el fin de que el mensajero lleve la noticia a su propio poblado. Emprende entonces el joven guerrero su andadura en dirección a las estribaciones de Peña Mayor y, cuando ya le falta poco para llegar a su castro, siente sed. Decide entonces desviarse ligeramente de su camino para beber en la Fuente de los Abedules, un lugar al pie de un monte de robles, hayas y abedules donde tenían su abrevadero los caballos Asturcones¹ salvajes de aquella zona. El agua de la fuente mana al pie de la ladera del bosque entre abedules pequeños, después corre en dirección norte formando un pequeño estanque natural que vierte a un reguero por el que corre libremente.

El joven guerrero desmonta al lado del estanque y deja que beba primero su caballo. Cuando el animal ha saciado su sed, el guerrero se agacha para beber. Nota entonces cómo alguien le está observando. Mira por ello en torno suyo, pero no ve a nadie. Bebe hasta saciar su sed y cuando se pone en pie, en el silencio del bosque sólo roto por el murmullo del agua del reguero y de las hojas de los árboles movidas por una suave brisa, llega a sus oídos una melodiosa voz de mujer que le dice:

—Mucho tiempo has tardado en volver, Silón.

¹ Asturcón: Caballo de raza autóctona asturiana, muy resistente, que los Astures empleaban como caballos de guerra.

El guerrero mira en la dirección en la que han sonado las palabras y ve salir de entre los abedules una mujer rubia muy hermosa. Llegado aquí, debo confesar que me he permitido la licencia de que la xana² de la Fuente de los Abedules sea igual que Libertad, mi querida compañera -Willie dedicó una sonrisa de complicidad a su novia y continuó con el relato-. El guerrero ve avanzar hacia él a una hermosa mujer vestida tan sólo con una túnica blanca. Ella llega a su lado, le coge por la barbilla y le besa en la boca. Él se siente transportado al Paraíso. Después ella le quita las riendas del caballo de la mano y le hace un gesto con su cabeza al animal, que se aparta un poco y se queda inmóvil. Vuelve su atención al guerrero, le suelta la fíbula de bronce que le sujeta el sagun de paño grueso color marrón que le sirve de manta. Le quita también el gorro de piel vuelta y el casquete de tiras de piel con que se cubre la cabeza, y a continuación las correas que sujetan su espada de hierro de doble filo y su puñal de bronce. Sigue después despojándole de la chaquetilla de paño grueso que hace las veces de coraza, también las grevas y el calzado de cuero y por último la camisa que le llega a media pierna.

El joven guerrero se deja hacer todo aquello mientras piensa que la mujer que se presentaba con bastante frecuencia en sus sueños, por fin había abandonado ese mundo para venir a su lado. Cuando el guerrero está totalmente desnudo, la xana le lleva al medio del estanque y, cogiendo el agua en el cuenco que forman sus dos manos juntas, le lava todo el cuerpo. El guerrero siente tal placer y deseo que comienza a acariciarla. La xana, o mejor dicho la mujer en que se ha convertido, saca al guerrero del estanque y extiende el sagun de éste sobre la hierba. Se quita su túnica y la coloca sobre la capa del guerrero, que la contempla totalmente desnuda. Después, se acuestan sobre las ropas y se entregan uno al otro con todo el amor y el vigor de la juventud. Se aman durante horas y falta muy poco para el atardecer cuando el guerrero toma conciencia de la misión que tenía encomendada, y por ello le dice a su amada:

—Tengo que ir a mi castro.

—No volverás a marcharte, no estoy dispuesta a perderte de nuevo —dice ella.

—Debo avisar a mi pueblo del peligro que nos amenaza —responde el joven.

—Dime qué peligro os amenaza y yo os ayudaré.

—Los romanos vienen hacia nosotros para someternos. Tengo que llevar la noticia a mi pueblo para que se apresten a combatir —explicó brevemente— ¿cómo piensas tú ayudarnos si sólo eres una mujer?

Por toda respuesta la mujer pone su mano derecha sobre el hombro de él, apretándole tan fuerte que el joven siente un gran dolor. Después, ella le ayuda a levantarse, diciendo mientras le acaricia:

—Vamos a vestirnos para ir a tu castro.

Él se acerca a donde ella había dejado las ropas y armas de las que ella le había despojado. Se visten entre besos y caricias y cuando terminan, ella se pone de cara a la Fuente de los Abedules y ordena:

—Ven aquí tormenta.

Nada más decir estas palabras, por el mismo lugar en que ella había aparecido, aparece una yegua asturcona con el cabezal puesto y la silla de montar forrada con una piel de cordero. La yegua se acerca a la xana dando muestras de alegría. Montan en sus cabalgaduras y, de allí, se dirigen sin descanso al castro.

Cuando franquean la entrada del castro y el guerrero da la noticia del desembarco de los romanos todos se alarman, pero no pasan por alto la presencia de la mujer que acompaña al guerrero. La matrona principal del castro le pregunta:

² Xana: Ninfa de las fuentes y de los montes en la mitología popular asturiana.

—¿Tú, quien eres?

—Yo soy Xana, la que cuida los caballos salvajes- responde ella.

—¿Y qué vienes a hacer aquí?

—Vengo a luchar al lado de Silón por vosotros.

—¿Quién es Silón, dime mujer! Si vas a luchar con nosotros ¿qué sabes hacer?

—pregunta el más viejo del Consejo de Ancianos allí reunido en Asamblea.

—Yo lo sé todo, anciano. Manda salir a este círculo al mejor guerrero que tengas para medirse conmigo —reta Xana

De entre los presentes en la Asamblea se abre paso hacia el centro del círculo donde se ha colocado Xana, un hombre joven, corpulento como un toro, que intenta abrazarla, pero ella con un ágil movimiento lo esquiva. Cuando el guerrero, siguiendo su impulso, rebasa el cuerpo de ella, ésta le golpea con los dos puños en la nuca con lo que le obliga a caer en redondo al suelo. El guerrero intenta levantarse pero no lo consigue, entonces dos hombres lo ayudan a ponerse en pie y a salir del círculo. Después Xana anuncia:

—Anciano, desde ahora seguiréis mis instrucciones en lo concerniente a las luchas que se aproximan. Y tú, matrona, ocúpate de preparar todo lo necesario para que esta noche podamos celebrar mi matrimonio con Silón —y señalando a su amado, le dice a éste — Llévame a tu morada.

Nadie se atreve a contradecirla y la pareja abandona la asamblea llevando los caballos de las bridas. Llegan a la morada del guerrero, tras de ellos van todos los parientes del joven. Todos ellos departen por un breve tiempo y después se marchan dejando a solas a la pareja. Se aman hasta que a media noche tienen que reunirse con los habitantes del castro para celebrar los esponsales; esponsales que les unen bajo los mejores augurios, ya que es plenilunio. La celebración dura hasta que llegan las primeras luces del día. Xana reúne entonces al Consejo de Ancianos y les ordena:

—Hoy vamos a descansar, después prepararemos las armas y los caballos para salir con las primeras sombras de la noche a combatir contra los romanos. Marcharemos al combate todos los hombres y mujeres capaces de luchar, sólo dejaremos un retén para la defensa del castro.

Durante las primeras horas del día, Xana dirige los preparativos para la salida de los combatientes y pasa el tiempo restante a solas con Silón, quien ya respondía por este nombre. Después de amarse apasionadamente Xana le dice a su amado:

—Silón, ya sabes que estaré siempre a tu lado si no te separas mucho de las aguas, porque entonces no podré seguirte y tendré que regresar sola como otras veces a la Fuente de los Abedules.

El guerrero no comprende muy bien aquella extraña petición, pero su clara inteligencia le lleva a asegurar:

—Estaré siempre a tu lado y tú nos indicarás el camino a todos

—Muy bien, pero si en el fragor de los combates nos separamos, y tú no me encuentras, no me busques entre los heridos y los muertos porque no estaré entre ellos. Búscame en las aguas del arroyo, del río, o del mar que tengas más cercano, pero no debes demorar mucho en buscarme porque entonces no podré reunirme de nuevo contigo —le aconseja Xana.

En esta parte del relato, Willie se tomó un respiro, consultó su reloj y después prosiguió:

El grupo de guerreros al mando de Xana combate a los romanos siguiendo el método empleado en las guerras por los Astures; que no era otro que atacar por sorpresa, golpear al enemigo y retirarse a tiempo. En la novela desarrollo varias de

esas razzias que no tengo tiempo de contaros ahora, pero no resisto la tentación de relatar el encuentro de los guerreros Astures con las fuerzas romanas situadas en Gígia durante la estancia en la ciudad de César Augusto. Dicho telegráficamente, es un día en que en el puerto se cargaban los barcos romanos con el oro y otras riquezas extraídas de las minas Astures, Augusto visita la construcción de las termas asentadas en el extremo oeste de la playa de Gígia, de las que aún hoy se pueden admirar sus restos.

Como cuenta mi relato, la mañana de un día soleado lleva a César Augusto, a sus dos hijos adoptivos -Tiberio y Marcelo, a quienes preparaba como futuros sucesores- y a su séquito a detenerse frente al lugar donde se está construyendo el horno que calentará las aguas para los baños. Augusto se sorprende al ver que las columnas que se construían con ladrillos de forma circular, son muy delgadas. Por ello pregunta al arquitecto:

—¿Estas columnas tan delgadas serán capaces de resistir mucho tiempo?

El arquitecto coge uno de los ladrillos circulares que lleva una inscripción con la marca Legio VI y le responde:

—César, estos ladrillos seguirán intactos dentro de 2.000 años.

Mientras esto ocurre en las obras de las termas, cerca de allí, en los arenales de la playa, aparece un numeroso grupo de guerreros Astures dirigidos por Silón. Los lleva donde el mar besa con sus olas la playa, y con sólo un gesto de su brazo ordena esperar. La espera es corta porque de entre las olas aparece Xana cabalgando sobre Tormenta. Los guerreros Astures la reciben con un griterío ensordecedor, que mezcla los gritos de los hombres y mujeres combatientes

Cuando Tormenta deja atrás las aguas y pisa las arenas mojadas por la descendiente marea, Xana la hace girar en dirección oeste. Los guerreros Astures marchan al galope tras las huellas que deja Tormenta en la arena mojada. Los centinelas romanos, que avistan la caballería astur, dan la alarma. La guardia que custodia a César Augusto trata de ponerle a salvo, pero la rapidez y el inesperado ataque se lo impiden. César es herido, aunque consigue escapar de los Astures y embarcar, salvándose de la ferocidad de los atacantes que, después de golpear sin piedad, se retiran.

Por último, os hablaré del final de mi novela. Se desarrolla en el invierno del año veinticinco antes de nuestra era, cuando el grupo de guerreros de Xana y Silón, junto con otros guerreros Astures y Cántabros, se preparan para atacar por sorpresa a los romanos en las cercanías de la ciudad de Lancia y son traicionados por sus aliados, los Brigaecinos, que avisan a Corisio, que resulta vencedor de la batalla. Es durante el transcurso de ésta cuando, a orillas del río Astura³, Silón resulta muerto. Cuando Xana lo ve caer de su caballo, furiosa, aniquila a los que han derribado a su amado y después, llena de dolor, confirma que Silón está muerto. Lo lleva en sus fuertes brazos y, seguida por Tormenta, entra en las caudalosas aguas del río Astura, desapareciendo en ellas. Y así acaba mi novela.

Cuando Willie terminó su relato, Libertad, que había puesto un magnetófono a grabar al comienzo de la narración oral de su novio, lo paró y pareció adivinar mi pensamiento, porque me preguntó si deseaba quedarme la grabación; a lo que le contesté afirmativamente, y ella me la dio después de haber escrito el título y el nombre del autor en la carátula. Tras charlar durante casi media hora sobre el relato de Willie, dejamos los tres la librería y la pareja me acompañó hasta una cercana parada de autobús. Estando allí, recordé que era el cumpleaños de una de mis hijas y regresé a la

³ Astura: Río Esla.

librería, donde compré un libro de un célebre autor uruguayo afincado en Cuba, como regalo.

Al salir de nuevo de la librería, me paré justo al pie del semáforo que está situado frente a la puerta principal del Viejo Instituto Jovellanos y pude ver a varios compañeros de la Asociación de Enfermos de Parkinson saliendo de él. Cuando cambió el semáforo, crucé la calzada y me dirigí a ellos, que me explicaron muy contentos los resultados obtenidos en el Taller de Memoria que se venía celebrando, organizado por nuestra asociación, en un aula del Viejo Instituto. Con mis compañeros venía la profesora, una licenciada en psicología cuyo nombre no consigo recordar. Uno de los compañeros me preguntó por qué no asistía al taller y, antes de que yo le diera mi respuesta, la profesora dijo que yo ya había asistido en anteriores ediciones.

Entre los presentes estaban Dalia y Marino, una pareja de compañeros animosos, siempre dispuestos a auxiliar a los demás; algo que tiene más mérito, si cabe, en el caso de ella ya que padece la enfermedad de Parkinson. Como vivimos en la misma zona, emprendimos el camino de regreso a casa caminando por la orilla de la playa y no les dije que no había podido renovar mi licencia de conducir. Lo cierto es que en el trayecto no resulté una compañía en exceso amena; los ecos del relato de Willie no paraban de resonar en mi mente y por ello apenas podía apartar mi vista del lugar en el que se formaba la espuma de las olas al romper, casi esperando que en cualquier momento surgiese Xana del mar montada en su caballo, mientras Silón y sus guerreros la esperaban.

Al llegar la casa, tampoco le dije a mi mujer que no me habían renovado el carnet de conducir; no hizo falta, me lo notó en mi cara y me dijo:

—No te preocupes porque es lo mejor que nos ha podido pasar, ¡qué ya no estás capacitado para conducir!

Para celebrar el cumpleaños de mi hija Irene, se había reunido toda la familia en mi casa para comer, y como mi visita a la librería me había retrasado, tan solo esperaban por mí para comer. La comida transcurrió, como es costumbre en las ocasiones en que nos juntamos todos, entre bromas y anécdotas y, mientras el resto de la familia estábamos charlando en la sobremesa, mis cinco nietos se fueron juntos a la habitación de los juegos. Ocurrió entonces una cosa que no esperaba. Yo había dejado la cinta con la grabación del encuentro con Willie en una mesa camilla de ese mismo cuarto, y cuando los niños la encontraron, decidieron oírla en un magnetófono en la habitación de su tía. Tras hacerlo, y después de ponerse de acuerdo entre ellos, vinieron al salón, y la mayor de todos ellos, de 11 años de edad, me dijo:

—Abuelo, tienes que decirle a tu amigo, el que escribió el libro de la xana, que tiene que salvar a Silón. Llámale ahora y díselo —mientras hablaba se acercaba al teléfono, que descolgó y me dijo, o más bien debería decir que me ordenó, que llamase a Willie— ¡Llámale! Tú mismo debes decirle a tu amigo que no mate a Silón.

Marqué el número del móvil de Willie y cuando contestó, le expliqué las pretensiones de mis nietos. Tras escucharme, Willie soltó una breve risa y me recomendó:

—Bueno, puedes decirles a tus nietos que la xana es un personaje fabuloso que vive para siempre y que Silón es un personaje de su época que tiene que morir.

No fue necesario hacerlo porque, mientras hablaba con Willie, mis nietos habían ido a buscar el auricular inalámbrico supletorio al dormitorio, y habían escuchado la conversación. Mi nieta, ni corta, ni perezosa, le dijo directamente a Willie:

—Oye Willie, eso que dices no lo vamos a tragar, porque nosotros somos niños, pero no somos idiotas.

—Y tú ¿quién eres? —preguntó Willie en tono divertido.

—Soy Sara, la mayor de los nietos de tu padrino y tú me conoces porque vamos todas las semanas a tu librería para comprar los tebeos que colecciona mi padre. Además sabemos que puedes salvar a Silón si quieres, porque siempre que te hemos oído contar cuentos e historias, nunca matabas al protagonista.

Se produjo un silencio de varios segundos, hasta que Willie me preguntó mi opinión. Me quedé yo también pensativo durante unos segundos, mientras todos mis nietos venían corriendo hasta donde yo estaba, para escuchar mi respuesta.

—Mira Guillermo, yo salvaría a Silón a costa de lo que fuese y creo que tu deberías hacer lo mismo.

—Tú has sido siempre mi mejor crítico y puede que te haga caso; quiero decir, puede que cumpla el mandato de tus nietos.

Tras despedirme de Willie, mis nietos se aproximaron a donde estaba sentado y me fueron dando un beso mientras repetían:

—¡Abuelo, hemos salvado a Silón!

Después, los niños volvieron a sus juegos y me dejaron solo, y fue entonces cuando noté que las lágrimas me nublaban los ojos. Para que nadie me viera llorar, me arrime al cristal de una de las ventanas mirando al exterior, y allí hubiera permanecido no sé cuanto tiempo si Rosita no hubiese venido a buscarme:

—No te aísles, ven con nosotros a tomar el café al comedor

Entonces yo la cogí la mano y le pregunté:

—¿Sabes qué hoy hace 45 años que caminamos juntos?

Saúl Fernández García

Gijón, Marzo de 2004